

"SOCIOLOGÍA. UNA BREVE PERO CRÍTICA INTRODUCCIÓN"
ANTHONY GIDDENS

(TRADUCCIÓN DEL INGLÉS, PREFACIO Y CAPÍTULO 1)¹

PREFACIO

Allá por la década pasada, importantes cambios ocurrieron en la sociología y en las ciencias sociales en general. Con todo, tales desarrollos han sido discutidos casi solamente en trabajos que encierran considerable complejidad. De ahí que no sean fácilmente accesibles a personas que carezcan de cierta familiaridad con la disciplina. Tal hecho me impulsó a escribir este libro con el fin de proveer una introducción a la sociología que contenga reflexiones sobre sus desarrollos más recientes y sea capaz de tornarlos accesibles a los principiantes. Dos razones me llevan a denominar mi libro "Introducción Crítica". En primer lugar, por mostrarse crítico de un conjunto de ideas que por largo periodo se presentaron como la sabiduría convencional de la sociología. En segundo lugar, porque pienso que la sociología, entendida de la manera como es expuesta en esta obra, se liga directamente a la crítica social. La sociología no puede ser un esfuerzo intelectual neutro, indiferente a las consecuencias prácticas que sus análisis tienen sobre aquellos cuya conducta constituye su objeto de estudio.

Este libro difiere de innumerables modos de la mayoría de los otros textos introductorios de sociología. El abarca una discusión de los problemas básicos de la teoría social –el núcleo de las preocupaciones teóricas que la sociología comparte con todas las ciencias sociales-. No adopto el punto de vista usual de que tales cuestiones sean irrelevantes para los que buscan familiarizarse con la sociología. Tampoco acepto la idea igualmente difundida de que tales cuestiones son por demás complejas para que puedan ser aprendidas antes que el lector haya adquirido cierta destreza con relación al contenido empírico de la disciplina. Al analizar este contenido empírico, resalto ciertos aspectos normalmente descuidados en trabajos introductorios. Muchas caracterizaciones de la sociología son escritas teniendo en vista fundamentalmente determinada sociedad –aquella en que el autor o el público al cual se dirige, vive. Intenté evitar este tipo de provincianismo en la creencia de que una de las principales tareas del pensamiento sociológico consiste en romper las fronteras de lo familiar. Pero, tal vez la principal característica distintiva del libro sea el fuerte énfasis que

¹ De, Anthony Giddens, *Sociology, a brief but a critical introduction*. Palgrave Macmillan 2^o Edition, 1986

concede a lo histórico. Podemos enseñar “sociología” e “historia como si fuesen distintos campos de estudio, pero tal postura se me figura equivocada.

Envidié esfuerzos en el sentido de ser conciso y esto involucra algún tipo de sacrificio en relación a la cobertura. No me preocupé en hacer una cobertura enciclopédica de todos los tópicos que constituyen áreas legítimas de interés sociológico. El lector que desee tal cobertura deberá buscarla en otra parte.

ANTHONY GIDDENS

CAMBRIDGE, OCTUBRE DE 1981.

CAPITULO 1. SOCIOLOGIA: CUESTIONES Y PROBLEMAS

La sociología es una disciplina que disfruta de una reputación curiosamente ambivalente. Por un lado, muchas son las personas que la asocian al momento de las rebeliones, como si no pasara de ser un estímulo a la revuelta. Aunque tengan una vaga noción de los tópicos estudiados por la sociología, aún así la vinculan a la subversión, a las estrepitosas exigencias hechas por descuidados militantes estudiantiles. Por otro lado, una visión muy diferente de la sociología es en general – tal vez más comúnmente que la primera- asumida por individuos que tuvieron con ella un contacto directo en escuelas y universidades. Eso es lo que hace que sea una empresa desagradable y no-instructiva que, lejos de impulsar a los estudiantes a las barricadas, es capaz de matarlos de aburrimiento. Dentro de esta perspectiva, la sociología asume la inocente e inofensiva condición de ciencia. Pero no con tanta fuerza explicativa como la de las ciencias naturales, erigidas en modelos por los sociólogos.

Creo que los que reaccionan de este último modo tienen cierta cuota de razón. La sociología ha sido concebida por muchos de sus divulgadores –quizá por la mayoría- de tal manera que ha dado ocasión a que afirmaciones triviales sean engañosamente puestas en un lenguaje pseudocientífico. Es equivocada la concepción de que la sociología pertenece al grupo de las ciencias naturales y que debe, en razón de ello, intentar servilmente imitar sus procedimientos y objetivos. Al menos en cierta medida, sus críticos legos están llenos de razón al mostrarse escépticos en cuanto a las realizaciones que la sociología es capaz de producir cuando es así entendida.

Mi intención en este libro es asociar la sociología al primer tipo de visión, más que al segundo. Pero esto no significa que pretende vincular la sociología a algún tipo de furia irracional encarada por la mayoría de las personas como forma de conducta loable o adecuada. No quiero, entretanto, postular la concepción de que la sociología, entendida de la manera que la describo, encierra necesariamente un tenor subversivo. En mi opinión, su carácter subversivo o crítico no acarrea que ella sea una empresa intelectual sin valor. Al contrario, la sociología sólo tiene ese carácter porque tiene que vérselas con problemas que se muestran (o deberían mostrarse) preeminentes para todos nosotros, problemas que generan las principales controversias y conflictos en la propia sociedad. Por más que pueda haber estudiantes dóciles o radicales –o cualquier otro tipo de radical-, existen claras ligazones entre los impulsos que los instigan a la acción y algún tipo de conciencia sociológica. Esto no se debe, o tal vez raramente se debe, a que los sociólogos pregonen abiertamente a la revuelta. Ocurre

porque el estudio de la sociología, adecuadamente entendida, demuestra de modo inequívoco cuan preeminentes son las cuestiones sociales con que nos enfrentamos en el mundo actual. Todos tienen algún tipo de conciencia de esas cuestiones, más el estudio de la sociología favorece que se les dé un enfoque más agudo. La sociología no puede permanecer como una disciplina puramente académica, si “académica” significa una búsqueda desinteresada y distanciada, circunscrita al ámbito estrecho de los muros de la universidad.

La sociología no es una disciplina similar a un bello regalo teórico, pidiendo sólo el esfuerzo de desplegar su contenido. Como las otras ciencias sociales -que pueden incluir, entre otras disciplinas, la antropología, la economía y la historia-, la sociología es una empresa intrínsecamente controvertida. Aunque sólo sea porque se caracteriza por permanentes disputas acerca de su propia naturaleza. Más esto no constituye debilidad, a pesar de que le haya parecido así a innumerables “sociólogos” profesionales y a muchas personas legas angustiadas con el hecho que existan numerosas concepciones compitiendo por la manera adecuada de enfocar y analizar el objeto de la sociología. Los que se afligen con la persistencia de los embates sociológicos y con la falta de consenso para resolverlos, usualmente caracterizan esa situación como señal de inmadurez de la sociología. Ellos quieren que la sociología se asemeje a una ciencia natural, generando un sistema de leyes universales supuestamente semejante a aquellos que la ciencia natural descubrió y validó. No obstante, de acuerdo con la concepción que aquí delinearé, es un equívoco suponer que la sociología deba ser elaborada a la manera de las ciencias naturales, o imaginar que una ciencia natural de la sociedad sea posible o deseable. Igualmente, desearía enfatizar que tal afirmación no pretende postular el punto de vista según el cual los métodos y objetivos de las ciencias naturales se muestran totalmente irrelevantes para el estudio del comportamiento social humano. La sociología tiene que vérselas con un objeto fácticamente observable, depende de la investigación empírica y conlleva tentativas de formular teorías y generalizaciones que darán sentido a los hechos. Más la naturaleza de los seres humanos no es la misma que la de los objetos materiales. El estudio de nuestro propio comportamiento, en lo que se refiere a ciertos aspectos muy importantes, es completamente diferente del estudio de los fenómenos naturales.

El contexto de la sociología

El desarrollo de la sociología, así como sus preocupaciones actuales, ha de ser aprehendido en el contexto de las mudanzas que crearon el mundo moderno. Vivimos en una época de maciza transformación social. En el curso de sólo dos siglos, tuvieron lugar avasalladoras mudanzas sociales que, en los días de hoy, son aún más aceleradas. Tales mudanzas, que se originaron en Europa Occidental, se hacen sentir ahora por todas partes. Ellas disolvieron totalmente las formas de organización social en que la humanidad vivió durante millares de años. Su núcleo debe ser encontrado en las que han sido descritas como “las dos grandes revoluciones” de los siglos XVIII y XIX que tuvieron lugar en Europa. La primera fue la Revolución Francesa de 1789, que corresponde no sólo a un conjunto específico de eventos, sino también a un símbolo de transformaciones políticas de nuestra era. Pues la Revolución de 1789 fue muy diferente de las rebeliones que la antecedieron. De tiempo en tiempo, los campesinos se rebelaban contra los señores feudales, más pretendían sólo apartar a ciertos individuos del poder, o hacer que los precios o las tasas o impuestos fuesen reducidos. Con la Revolución Francesa (que podemos asociarlo, con ciertas reservas, a la revolución anticolonial ocurrida en América del Norte en 1776), por primera vez en la historia un orden social fue completamente transformado por un movimiento conducido por ideas puramente seculares –libertad e igualdad universales-. Y si como en los días de hoy, los ideales de los revolucionarios raramente son realizados, al menos ellos crearon un clima de cambio político que se ha mostrado como una de las fuerzas dinámicas de la historia contemporánea. Actualmente, pocos son los Estados cuyos gobernantes no proclaman que se tratan de “democracias”, sea cual fuere su ordenamiento político real. Esto es algo totalmente nuevo en la historia de la humanidad. Es claro que existieron otras repúblicas, especialmente las de Grecia y Roma clásicas. Sin embargo, no pasaron de ser excepciones. Y en esos casos, los que integraban el cuerpo de “ciudadanos” constituían una minoría de la población, cuya mayoría era compuesta de esclavos o de personas que no disfrutaban de las prerrogativas de los grupos restringidos que tenían acceso a la ciudadanía. La segunda “gran revolución” fue la llamada “Revolución Industrial”, que ocurrió en Inglaterra a fines del siglo XVIII diseminándose, durante el siglo XIX, por Europa Occidental y Estados Unidos. A veces, la Revolución Industrial es presentada como un conjunto de innovaciones técnicas: especialmente la utilización del vapor para manufacturar la producción y la introducción de nuevas formas de maquinaria accionadas por tal fuente de energía. Entretanto, estas invenciones técnicas fueron sólo parte de un conjunto mucho más amplio de cambios sociales y económicos. La transformación más importante fue la migración en masa de fuerza de trabajo proveniente del campo para

los sectores de trabajo industrial en constante expansión. Tal proceso acabó llevando también a la mecanización de la producción agraria, además de promover la expansión de las ciudades con una intensidad jamás vistas en la historia. Se calcula que antes del siglo XIX, aún en las sociedades más urbanizadas, no más del 10% de la población habitaba las pequeñas o las grandes ciudades -y generalmente mucho menos en la mayoría de los Estados e imperios sustentados por la agricultura. Conforme a los patrones modernos, virtualmente todas las ciudades en las sociedades pre-industriales, aún los más afamados centros cosmopolitas, eran relativamente pequeños. Se estimó por ejemplo, la población londinense del siglo XIV en 30 mil habitantes y la de Florencia durante el mismo período en 90 mil. En el inicio del siglo XIX, la población de Londres ya sobrepasaba la de cualquier ciudad en todos los tiempos, alcanzando la cifra de 900 mil almas. Pero, en 1800, aún con un centro metropolitano tan grande, sólo una pequeña minoría de la población de Inglaterra y el País de Gales residía en ciudades. Un siglo después, casi el 40% de la población residía en ciudades de 100 mil habitantes o más y cerca del 60%, en ciudades de 20 mil habitantes o más.

CUADRO 1.1 Porcentaje de la población mundial que reside en Ciudades.

Año	Ciudades de 20 mil o más habitantes	Ciudades de 100 mil o Más habitantes
1800	2,4	1,7
1850	4,3	2,3
1900	9,2	5,5
1950	20,9	13,1
1970	31,2	16,7

(FUENTE: Kingsley Davis, “The origin and growth of urbanization in the world”, American Journal of Sociology, vol.61, 1955 (actualizado).)

El cuadro 1.1 muestra que la urbanización se ha expandido dramáticamente en escala mundial, y que continúa ocurriendo. Todos los países industrializados son muy urbanizados, cualesquiera que sean los criterios que unamos para distinguir la “pequeña” y la “gran” ciudad de los centros menos poblados. En tanto, también los países del Tercer Mundo muestran una rápida expansión de las áreas urbanas. Las mayores áreas urbanas del mundo contemporáneo aparecen inmensas, cuando los contrastamos con ciudades de sociedades anteriores al siglo XIX.

Si la industrialización y la urbanización están en el centro de las transformaciones que disolvieron inexorablemente las formas más tradicionales de sociedad, debemos mencionar un tercer fenómeno que les está asociado. Se trata de un sorprendente aumento de la población mundial en los días de hoy, comparativamente con el pasado. Ya se estimó que, en la época del nacimiento de Cristo, la población del mundo probablemente no llegaba a 300 millones de habitantes. Hasta el siglo XVIII, su totalidad parece haber crecido de una manera constante, aunque lenta; probablemente, la población del mundo se duplicó durante ese período. Desde entonces ha ocurrido la tan nombrada “explosión demográfica”, aunque poco se sepa acerca de ello. Actualmente hay casi 4 billones de personas viviendo en el mundo, y este número ha aumentado de tal modo que, de perdurar tal situación, la población mundial duplicará su número cada 40 años. Aunque las consecuencias de tal crecimiento poblacional para el futuro de la especie humana sean alarmantes, pudiendo ser objeto de gran controversia, los factores que subyacen a los orígenes del reciente crecimiento demográfico son menos controvertidos que los de la industrialización o la urbanización. En la mayor parte de la historia de la humanidad, hubo un equilibrio general entre las tasas de natalidad y de mortalidad. Aunque, en algunos aspectos, se trata de una cuestión compleja, en ella se destacan dos fenómenos principales. El primero es que, anteriormente a los dos últimos siglos, el promedio de vida raramente sobrepasaba los 35 años, y en general era menor. El segundo factor fue la tasa de mortalidad infantil: era común, en la Europa medieval, que hasta la mitad de los nacidos en cada año murieran antes de alcanzar la edad adulta. El aumento de la expectativa de vida y el dramático descenso de la tasa de mortalidad infantil -producida por las mejores condiciones sanitarias e higiénicas y por el progreso de la medicina que propició la cura de las principales enfermedades infecciosas- ha contribuido para este prodigioso crecimiento poblacional.

Sociología una definición y algunas consideraciones preliminares.

La sociología surgió cuando aquellos que se vieron envueltos en una serie inicial de cambios ocasionados por las “dos grandes revoluciones” que tuvieron lugar en suelo europeo, buscaron comprender las condiciones de su emergencia y sus probables consecuencias. Naturalmente, ningún área de estudio puede ser exactamente demarcada en términos de sus orígenes. Podemos por de pronto trazar una línea continua que va de los autores de mediados del siglo XVIII a los períodos más recientes del pensamiento social. De hecho, la formación de la sociología envuelve un clima ideológico que contribuyó para incrementar ambos procesos revolucionarios.

¿Cómo deberíamos definir la “sociología”? Veamos una definición trivial. La sociología se refiere al estudio de las sociedades humanas. Ahora, sólo podemos formular una noción de sociedad de modo muy general. Pues sobre la categoría general de “sociedades” deseamos incluir no sólo los países industrializados sino también los inmensos Estados Imperiales sustentados por la agricultura (como el Imperio Romano o la China tradicional) y, en el extremo opuesto, las pequeñas comunidades tribales que apenas pueden abarcar un número insignificante de individuos.

Una sociedad es un grupo, o sistema, de modos institucionalizados de conducta. Hablar de formas "institucionalizadas" de conducta social es referirse a modalidades de creencia y comportamiento que ocurren y recorren -o, como expresa la terminología de la moderna teoría social, son socialmente reproducidas- en el tiempo y en el espacio. El lenguaje es excelente ejemplo de una forma de actividad institucionalizada, o institución, por ser tan fundamental para la vida social. Todos nosotros hablamos lenguas que, en cuanto individuos, ninguno de nosotros creó, no obstante podemos utilizar el lenguaje en forma creativa. En tanto, muchos otros aspectos de la vida social pueden ser institucionalizados, o sea, tornarse generalmente prácticas adoptadas que mantienen una forma reconocidamente similar a lo largo de las generaciones. Por consiguiente, podemos hablar de instituciones económicas, políticas y así para adelante. Y debemos señalar que semejante uso del concepto de “Institución” difiere de la manera en que el término es frecuentemente empleado en el lenguaje común, como vago sinónimo de “grupo” o “colectividad” -como cuando, al hablar de una prisión o un hospital, nos referimos a una “institución”.

Estas consideraciones sirven para mostrar cómo debemos comprender el término “sociedad”, pero no podemos dejar la cuestión sin resolver. Como objeto de estudio, la “sociedad” es abordada tanto por la sociología como por las demás ciencias sociales. La característica distintiva de la sociología reside en el hecho de que ella concierne principalmente a aquellas formas de sociedad que han emergido en el telón de las “dos grandes revoluciones”: las sociedades industrialmente avanzadas. Tendré mucho que decir en los capítulos que siguen al respecto de lo que implica la expresión “industrialmente avanzadas”. Más no será perjudicial para nuestra discusión si proponemos la siguiente definición la sociología se focaliza principalmente en el estudio de las instituciones de las sociedades “avanzadas” o “industrializadas” y las condiciones de transformación de esas instituciones.

Entretanto, quiero atribuir especial énfasis al hecho de que las sociedades “avanzadas” no pueden ser tratadas como si estuviesen aisladas del resto del mundo, o

de las sociedades que las preceden en el tiempo -aunque gran parte de los trabajos sociológicos hayan sido escritos como si así fuese-. Además de eso, es igualmente importante enfatizar que no es posible trazar en forma precisa líneas divisorias entre la sociología y otras áreas de estudio. Ni es deseable que podamos hacerlo. Algunas cuestiones de la teoría social que tienen que ver con la manera por la cual el comportamiento y las instituciones humanas deberían ser conceptualizados, son objeto de estudio por parte de las ciencias sociales como un todo. Las diferentes áreas del comportamiento humano que son abordadas por las diversas ciencias sociales forman una división intelectual del trabajo que sólo puede ser justificada de manera muy general. La antropología, por ejemplo, está nominalmente preocupada con las sociedades “más simples”: las sociedades tribales, los clanes y los Estados sustentados por la agricultura. Tales sociedades sin embargo, vienen siendo completamente disueltas por los profundos cambios sociales que han afectado al mundo o están en vías de ser incorporadas a los modernos Estados industriales. El objeto de estudio de la economía, por considerar otro ejemplo, es la producción y la distribución de bienes materiales. Con todo, las instituciones económicas siempre están, obviamente asociadas a otras instituciones en los sistemas sociales, que las influyen y a la vez son influenciadas por ellas. Finalmente, la historia, con el estudio del continuo distanciamiento entre pasado y presente, constituye la fuente material de la totalidad de las ciencias sociales.

Muchos pensadores notables asociados al desarrollo de la sociología quedaron impresionados con la importancia de la ciencia y de la tecnología para los cambios que testimoniaron. Por tanto, al establecer las metas de la sociología, buscaron en el estudio de las cuestiones sociales humanas conseguir el mismo éxito obtenido por las ciencias naturales al explicar el mundo material. La sociología debía ser una “ciencia natural de la sociedad”. Augusto Comte (1790-1857), que acuñó el término “sociología”, formuló esta concepción de modo más claro y abarcante. Alegó que todas las ciencias, inclusive la sociología, compartían una estructura global de lógica y de método; todas intentan descubrir las leyes universales que rigen los fenómenos particulares con los que trabajan. Comte creía que, si descubrimos las leyes que rigen la sociedad humana, podremos forjar nuestro propio destino, del mismo modo que la ciencia nos ha permitido controlar los eventos que forman parte del mundo material. Su famosa fórmula, *Prévoir pour pouvoir* (prever para poder), expresa esa idea.

Desde la época de Comte, la noción de que la sociología debería tomar como modelo las ciencias naturales ha predominado -aunque ciertamente no haya dejado de sufrir objeciones, siendo también expresada de varias y diferentes maneras. Emile

Durkheim (1858- 1917), una de las figuras más influyentes que contribuyeron al desarrollo de la sociología en el siglo XX, dio continuidad a algunos aspectos importantes del pensamiento de Comte. Según él, la sociología trata los “hechos sociales”, que pueden ser abordados del mismo modo objetivo que los hechos con que trabajan las ciencias naturales. En su pequeño, pero muy influyente libro *Las reglas del método sociológico* (1895), Durkheim propuso que los fenómenos sociales deberían ser tratados como cosas: deberíamos considerarnos como si fuésemos objetos que forman parte de la naturaleza. Siendo así, él acentuó las similitudes entre la sociología y las ciencias naturales.

Como mencioné anteriormente, rechazo ese punto de vista, aunque haya sido muy difundido en sociología. Hablar de la sociología, y de otros temas, como la antropología o la economía, como “ciencias sociales” es enfatizar que ellas envuelven el estudio sistemático de un objeto empírico. Tal terminología no nos confundirá en tanto percibamos que la sociología y las otras ciencias sociales difieren de las ciencias naturales en dos aspectos esenciales.

No podemos abordar la sociedad, o los “hechos sociales”, como hacemos con los objetos o los eventos que forman parte del mundo material, pues las sociedades sólo existen en la medida en que son creadas y recreadas por nuestras propias acciones como seres humanos. En lo que atañe a la teoría social, no podemos tratar las actividades humanas como si fuesen determinadas por ciertas causas de la misma forma que los eventos naturales. Tenemos que comprender lo que llamaríamos doble relación de individuos e instituciones: creamos la sociedad y al mismo tiempo somos creados por ella. Ya mencioné que las instituciones son patrones de actividad social reproducidos a lo largo del tiempo y del espacio. Vale la pena reflexionar por un momento sobre las consecuencias de tal característica. Hablar de “reproducción” de la conducta social, o de los sistemas sociales es referirse a la repetición de modelos similares de actividad por parte de actores separados en el tiempo y en el espacio. Realmente, es muy importante enfatizar este aspecto, pues muchas teorías sociales - inclusive la de Durkheim- tienden a pensar en términos de imágenes físicas, y tal tendencia puede acarrear consecuencias dañinas. Los sistemas sociales contienen patrones de relación entre individuos y grupos. Muchos sociólogos conciben tales patrones como las paredes de un edificio o como el esqueleto de un cuerpo. Se trata de una actitud equivocada, por implicar una imagen demasiado estática e inmutable de las sociedades, esto es, por no esclarecer que la constitución de patrones en los sistemas sociales solo existe en la medida en que los individuos reiteran activamente formas particulares de conducta en tiempos y lugares distintos. Si tuviésemos que

usar ese tipo de imágenes, deberíamos decir que los sistemas iniciales son como edificios que están siendo constantemente reconstruidos por los propios ladrillos que los componen.

A partir de lo que fue dicho, podemos concluir que las implicaciones prácticas de la sociología no son y no pueden ser directamente análogas a los usos tecnológicos de la ciencia. Los átomos no pueden saber lo que los científicos dicen sobre ellos, o cambiar de comportamiento basándose en dicho conocimiento. Ya con los seres humanos se da lo contrario. Por consiguiente, la relación entre la sociología y su “objeto de estudio” es necesariamente diferente de la implicada por las ciencias naturales. Si consideramos la actividad social como un conjunto mecánico de eventos, determinado por las leyes naturales, no sólo comprenderemos mal lo pasado, sino también, dejaremos de percibir de qué modo el análisis sociológico puede contribuir o ejercer alguna influencia en nuestro posible futuro. Como seres humanos no solo vivimos en la historia, sino que nuestra comprensión de la historia es una parte integrante de aquello que la historia es y de lo que puede llegar a ser. Es por esto por lo que no nos podemos satisfacer con la idea de Comte de *Prévoir pour pouvoir*, considerada como tecnología social. Cuando se trata de ciencias sociales, nos dirigimos a otros seres humanos, y no a un mundo inerte de objetos. Generalmente, por el hecho de mostrar que lo que a algunos les parece inevitable o incuestionable -por asemejar a una ley natural- es, de hecho, un producto histórico, el análisis sociológico puede desempeñar un papel emancipador en la sociedad humana. Simultáneamente, el análisis sociológico muestra sobriedad. Pues, aunque el conocimiento pueda contribuir de modo importante para que se alcance el poder, no se identifica con éste. Y nuestro conocimiento de la historia es siempre inseguro e incompleto.

La imaginación sociológica: la sociología como crítica.

En este libro, afirmo que la práctica de la sociología demanda aquello que C. Wright Mills tan hábilmente llamó "imaginación sociológica" (Charles Wright Mills, The Sociological Imagination, 1970). Este término ha sido tan utilizado que corre el riesgo de tornarse trivial, y el propio Wright Mills lo usa en un sentido un tanto vago. Al mencionarlo, quiero referirme a las variadas formas relacionadas de sensibilidad que se muestran indispensables al análisis sociológico de la manera como lo concibo. Sólo podemos comprender el mundo social a que dieron inicio las sociedades industrializadas contemporáneas -la sociedad actual que se formó primeramente en Occidente- mediante un triple ejercicio de imaginación. Estas formas de imaginación sociológica envuelven una sensibilidad histórica, antropológica y crítica.

Seres humanos genéticamente idénticos a nosotros existen, hace más o menos 500 mil años. En la medida en que podemos obtener algún conocimiento a partir de los residuos arqueológicos, “civilizaciones” basadas en la agricultura existen, cuando mucho, hace sólo 10 mil años. Sin embargo, este parece un gran período comparado con la insignificante duración de la historia reciente, donde predomina el capitalismo industrial. Los historiadores no están de acuerdo en relación a cuándo el capitalismo, como modo de actividad económica, comenzó a predominar; pero es difícil sustentar la afirmación de que sus orígenes puedan ser encontrados en Europa antes del siglo XV o XVI. El capitalismo industrial, en cuanto asociación capitalista de empresa con la producción mecánica fabril, remonta a la última parte del siglo XVIII, y en esta época, sólo existía en determinadas partes de Gran Bretaña. Los últimos cien años que presenciaron la expansión del capitalismo industrial a nivel mundial, han, no obstante, causado cambios sociales más perturbadores en sus consecuencias que cualquier otro período en toda la historia anterior de la humanidad. Los occidentales viven en sociedades que asimilaron el primer impacto de tales cambios. La generación contemporánea está familiarizada con sociedades adaptadas a una rápida innovación tecnológica, en que la mayoría de la población vive en ciudades grandes o pequeñas, se dedica a un trabajo industrial y es “ciudadana” de Estados-Naciones. Entretanto, este nuevo mundo social familiar, creado de forma tan rápida y dramática, es único en la historia de la humanidad.

En lo que se refiere a la imaginación sociológica, que analiza hoy en día las sociedades industrializadas tiene, en primer lugar, que esforzarse para recuperar nuestro propio pasado inmediato -el “mundo que perdemos”. Sólo mediante tal esfuerzo de imaginación, que naturalmente involucra una conciencia histórica, es que podemos comprender cómo el modo de vida de los que actualmente viven en las sociedades industrializadas es diferente del de las personas que vivieron en un pasado relativamente reciente. Los hechos brutos, como los que mencioné al hablar de urbanización, nos ayudan a comprender tal fenómeno. Más lo que es realmente necesario es una tentativa de reconstrucción imaginativa de la constitución de las formas de vida social que fueron, en gran parte, erradicadas. En este caso, es imposible hacer una distinción entre el oficio del sociólogo y el arte del historiador. La Inglaterra del setecientos, la sociedad que experimentó por primera vez el impacto de la Revolución Industrial, era aún una sociedad en que las costumbres de la comunidad local eran mantenidas por la penetrante influencia de la religión. Fue una sociedad en que podemos constatar una continuidad con la Gran Bretaña del siglo XX, pero donde los contrastes son notables. Las organizaciones que hoy en día son comunes existían

sólo en una forma rudimentaria: no sólo fábricas y escritorios, sino escuelas, facultades, hospitales y prisiones sólo se tornaron comunes en el siglo XIX.

En cierto modo, naturalmente, estos cambios en la estructura de la vida social son de tipo material. Al describir la Revolución Industrial, así escribió un historiador:

“La tecnología moderna no sólo produce más y más rápido; ella produce objetos que de modo alguno podrían ser producidos por los métodos de que disponíamos anteriormente. La mejor hiladora india no podría producir un hilo tan fino y regular como el de la hiladora automática; ninguna herrería del siglo XVIII podría producir planchas de acero tan grandes, lisas y homogéneas como las de la fábrica moderna. Y, lo que es más importante, la moderna tecnología ha creado cosas que difícilmente hubieran sido concebidas en la era preindustrial: la cámara, el automóvil, el aeroplano, toda la serie de inventos electrónicos (desde la radio al computador), la usina nuclear y así para adelante, casi ad-infinitum (...). Esto ha resultado en un inmenso aumento de la producción y variedad de bienes y servicios, siendo lo bastante para transformar la vida del hombre más que cualquier cosa que él haya hecho desde el descubrimiento del fuego: el inglés de 1750 estaba más próximo, en cosas materiales, de los legionarios de César que de sus propios bisnietos. (David S. Landes, The Unbound Prometheus, Cambridge, Cambridge University Press, 1969, p. 5.)”

La escalada y la diseminación de la innovación tecnológica constituye innegablemente una de las características distintivas de las actuales sociedades industrializadas. Y están íntimamente asociadas a la declinación de la tradición, el cambio en la vida cotidiana en la comunidad de la aldea local, importante hasta en la vida urbana de la era precapitalista. La tradición incluía el presente en el pasado, e implicaba una experiencia de tipo distinta de la que predomina en las sociedades occidentales contemporáneas. El día de cada uno no era dividido en “tiempo de trabajo” y “tiempo libre”, como ocurre hoy en día; y no se separaba claramente el “trabajo” de las demás actividades, fuese en el espacio o en el tiempo.

Ya me referí a la intersección de dos grandes revoluciones que se sitúan en el origen de las transformaciones de las sociedades de Europa Occidental. La segunda fue la revolución política, que está asociada al origen del Estado-Nación, fenómeno tan significativo para la creación del mundo moderno como el incremento de la industrialización. Los que viven en Occidente se consideran “ciudadanos” de una nación particular, y ninguno de ellos podría dejar de estar consciente del importante

papel que el Estado (gobierno centralizado y administración local) desempeña en sus vidas. En tanto, el desenvolvimiento de los derechos de ciudadanía, particularmente el sufragio universal, es relativamente reciente. Se trata del nacionalismo, el sentimiento de pertenecer a una comunidad nacional distinta, separada de las otras. Estos se tornaron en característicos de la organización “Interna” de los Estados-Naciones pero es igualmente importante atender al hecho de que las relaciones entre Estados-Naciones son fundamentalmente distintivas de la era moderna.

Hoy en día, vivimos en un sistema mundial que no encuentra paralelo en las eras que nos antecedieron. Las “dos grandes revoluciones” se han diseminado en escala mundial. El capitalismo industrial se halla en una compleja especialización de la producción, en una división del trabajo en que las relaciones de cambio están respaldadas por el mundo entero. Consideremos las ropas que estamos vistiendo, la sala en que estamos o la comida que comeremos en la próxima cena. Es improbable que nosotros mismos hayamos confeccionado nuestras ropas, construido nuestra propias moradas o cultivado los alimentos que consumimos. En los países industrializados, estamos acostumbrados a tal situación, pero, antes del advenimiento del capitalismo industrial, la división del trabajo era mucho menos compleja. La mayor parte de la población satisfacía directamente casi todas sus necesidades y, cuando no lo hacía, utilizaba el servicio de otras personas de su comunidad local. Entretanto, actualmente los productos son manufacturados y cambiados en un ámbito mundial, lo que demanda una división del trabajo verdaderamente global. No solo muchos de los bienes consumidos en Occidente son producidos en Oriente, y hasta cierto punto viceversa, sino también podemos constatar intrincados lazos entre procesos de producción llevados a cabo en lugares distintos. Determinadas partes de un aparato de TV, por ejemplo, pueden ser hechos en un país y otras partes, en lugares lejanos; puede ser montado en otro lugar y además ser vendido en algún otro país.

Pero no fue solamente la expansión de las relaciones económicas la que dio origen a un nuevo y único sistema mundial. La expansión del capitalismo ha sido acompañada por la predominancia general del Estado-Nación. Ya me referí a algunas características “internas” del Estado-Nación (y quiero analizarlas más completamente en el capítulo 7). Con todo, en un sentido importante, es engañoso hablar “del” Estado-Nación pues, a partir de sus orígenes en Europa, siempre han habido Estados-Naciones que se relacionan ambiguamente, de manera armónica o conflictiva. Hoy en día, todo el mundo está dividido en diversos Estados-Naciones. No sólo la emergencia de los Estados-Naciones en Europa, más especialmente su desenvolvimiento en otras partes del mundo es, una vez más, un fenómeno relativamente reciente. Durante la

mayor parte de su historia, la humanidad estuvo escasamente diseminada por el mundo, viviendo en sociedades muy pequeñas, cazando animales y recolectando vegetales comestibles. Se trata de las llamadas sociedades de “cazadores y recolectores”. En el transcurso de los últimos 10 milenios, el mundo se mantuvo aún dispersamente habitado, en comparación con la época actual, por personas que vivían en sociedades de caza y recolección, pequeñas comunidades agrícolas, ciudades-estados o imperios. Algunos imperios, principalmente el de China, fueron muy vastos. Pero eran muy diferentes de los Estados-Naciones contemporáneos. Por ejemplo, el Gobierno central chino, en la China tradicional, nunca logró obtener un control muy directo sobre sus varias provincias, especialmente las más extensas. La mayor parte de los que se sujetaban a la soberanía del Estado Chino llevaban una vida muy diferente de la de sus gobernantes, con los que tenían muy poco en común en lo que se refiere a cultura o a lengua.

Además, aunque los varios tipos de sociedades mencionados se relacionan de diversas formas, estos lazos ciertamente no estaban diseminados por el mundo como ocurre actualmente. La observación “Oriente es Oriente y Occidente es Occidente y los dos nunca se encontrarán”, anterior al siglo actual, expresaba una circunstancia muy real. Hubo contactos esporádicos y un cierto comercio intermitente entre China y Europa del siglo XI en adelante; más durante los siglos que siguieron, China y Occidente habitaron universos separados. Actualmente, todo esto cambió, no obstante diferencias culturales puedan aún separar Oriente y Occidente. La China no es más un Imperio, pero sí un Estado-Nación, si bien que de grandes dimensiones, no sólo en términos de territorio, sino también de población. Naturalmente, es también un declarado Estado socialista. Aunque los Estados-Naciones estén actualmente diseminados por el mundo, de manera alguna han seguido el modelo “liberal-democrático” que se estableció con más firmeza en Europa Occidental.

Si la primera dimensión de la imaginación sociológica envuelve el desarrollo de una sensibilidad histórica. La segunda acarrea el perfeccionamiento de un *insight* antropológico. Hacer tal afirmación es nuevamente enfatizar la tenue naturaleza de las fronteras convencionalmente reconocidas entre las diversas ciencias sociales. La obtención de un sentido histórico de cuan recientes y dramáticas son las transformaciones sociales ocurridas en los dos siglos pasados es difícil. Pero tal vez sea aún más difícil superar la creencia, explícita o implícita, de que los modos de vida que han sido desarrollados en Occidente son, de alguna forma, superiores a los de otras culturas. Tal creencia es apoyada por la amplia diseminación del propio capitalismo occidental, el cual acarrió una serie de eventos que desgastó o destruyó muchas otras

culturas con que entró en contacto. Además de esto, muchos pensadores sociales han atribuido forma concreta a esa noción al intentar incluir la historia humana en esquema de evolución social en los cuales la “evolución” es comprendida en términos de la capacidad de diversos tipos de sociedad de controlar o dominar su medio ambiente material. Inevitablemente, la industrialización occidental parece ser el ápice de estos esquemas, visto que innegablemente ella ha alcanzado una productividad material inmensamente mayor que las de cualquier otras sociedades que la precedieron en la historia.

Sin embargo, tales esquemas evolucionistas expresan un etnocentrismo que cabe a la imaginación sociológica disipar. Una concepción etnocéntrica es aquella que adopta el punto de vista de su propia sociedad o cultura como patrón de medida para evaluar todas las otras. Sin duda, tal actitud está profundamente enraizada en la cultura occidental. Y también ha caracterizado muchas otras sociedades. Con todo, en occidente la convicción de superioridad ha sido, de cierto modo, una expresión, bien como una justificación, de la cruel denominación sobre otras maneras de vivir por parte del capitalismo industrial. Por tanto, no debemos confundir el poder económico y militar de las sociedades occidentales, que les ha permitido asumir una posición preeminente en el mundo, con el ápice de un esquema evolutivo. La valorización de la productividad material, tan pronunciada en el Occidente moderno, es en sí mismo una actitud específicamente anómala, comparada con otras culturas.

La dimensión antropológica de la imaginación sociológica es importante porque nos permite apreciar la diversidad de los modos de existencia humana que se han sucedido en nuestro mundo. Una de las ironías de la era moderna es que el estudio sistemático de la diversidad de las culturas humanas –“el trabajo de campo antropológico”- surgió paralelamente a la voraz expansión del capitalismo industrial y del militarismo occidental que aceleraba la destrucción de tales culturas. Sin embargo, el aspecto antropológico de la imaginación sociológica ha caracterizado las ciencias sociales desde su inicio, rivalizando con el pensamiento evolucionista de carácter etnocéntrico. En el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* (1755), de Jean Jacques Rousseau, encontramos repetidas veces la idea esclarecedora de que, al tornarnos conscientes de la desconcertante variedad de las sociedades humanas, podemos aprender a comprendernos mejor a nosotros mismos. “El mundo todo”, observó Rousseau, está constituido por sociedades “de las cuales conocemos apenas los nombres, no obstante osamos opinar sobre la raza humana”. Y enseguida nos pide imaginar una expedición constituida de intrépidos observadores que se muestran sensibles a la diversidad de la experiencia humana para describir las

multifacéticas sociedades existentes, acerca de las cuales conocemos muy poco. “Supongamos”, escribe Rousseau, “que estos nuevos Hércules, al volver de sus memorables expediciones, se pongan calmadamente a escribir la historia natural, moral y política de aquello que vieron. Entonces, veríamos un nuevo mundo emerger de sus plumas y, consecuentemente, aprenderíamos a conocernos a nosotros mismos”.

En el transcurso del siglo y medio que siguió a la publicación del Discurso de Rousseau, viajeros, misioneros, comerciantes y otros realizaron estos viajes. Sin embargo, sus relatos eran inciertos o parciales, o asumían el propio etnocentrismo que Rousseau pretendiera atacar. El trabajo de campo antropológico de tipo sistemático y minucioso sólo tuvo inicio en los albores del siglo XX. Desde esta época, a partir de la cual su campo de estudio disminuyó rápidamente, la antropología logró reunir muchas informaciones al respecto de diferentes culturas. Por un lado, tal información confirma la unidad de la raza humana; no tiene fundamento la afirmación de que las personas que viven en sociedades pequeñas y “primitivas” son de algún modo genéticamente inferiores a las que viven en “civilizaciones” supuestamente más avanzadas. No conocemos sociedades humanas que no posean formas desarrolladas de lenguaje, y no parece haber correlación entre tipos de sociedad y complejidad lingüística. Por otro lado, la moderna investigación antropológica también sugiere el amplio espectro de instituciones por las cuales los seres humanos pueden ordenar sus vidas.

Generalmente, el antropólogo contemporáneo es un cronista del desastre de culturas devastadas por la destrucción militar, asoladas por enfermedades introducidas por el contacto con el occidental o arruinadas por la disolución de sus costumbres tradicionales. Según Claude Lévi-Strauss, tal vez el más eminente pensador que se dedica a este asunto en los días de hoy, el antropólogo es el “alumno y testigo” de esos pueblos en vías de extinción. La lucha para impedir el continuo despojo de los derechos de esos pueblos, o por lo menos para suavizarles el ajuste a nuevos modos de vida cuando el suyo ya se desintegró involucra cuestiones urgentes y bastante prácticas. Sin embargo, la importancia de tales luchas no debería llevarnos a ignorar la importancia del trabajo antropológico que fue producido en los últimos 50 años, pues a partir de tal trabajo podemos mantener viva la imagen de formas de vida social que pueden estar a las vísperas de ser erradicadas para siempre.

Al combinar este segundo sentido con el primero, el ejercicio de la imaginación sociológica nos posibilita sobrepasar el alcanzado punto de vista de sólo pensar en términos del tipo de sociedad que conocemos de modo inmediato. Siendo así, cada cual es directamente relevante para la tercera forma de imaginación sociológica que quiero

señalar. Ella concierne a las posibilidades futuras. Al criticar la idea de que la sociología se asemeja a una ciencia natural, alegué con vehemencia que ningún proceso social es regido por leyes inalterables. Como seres humanos, no estamos condenados a ser arrastrados por fuerzas que sean tan inevitables como las leyes naturales. Pero esto significa que debemos estar conscientes de las alternativas futuras que potencialmente se nos presentan. Es en este tercer sentido que la imaginación sociológica se une a la tarea de la sociología al contribuir para la crítica de las formas existentes de sociedad.

La crítica debe basarse en el análisis. En los capítulos siguientes, iniciaré la discusión de diferentes concepciones de la naturaleza de las sociedades industrializadas contrastándolas con interpretaciones contrarias. Pero los cambios que tuvieron inicio en Occidente, como enfatiqué anteriormente, no pueden ser aprendidos sin tomar en cuenta las relaciones entre estas sociedades y el resto del mundo. En consecuencia, discutiré minuciosamente la importancia de la formación del sistema mundial contemporáneo, un fenómeno fundamental para estimar las futuras potencialidades de la organización social humana.
